

## **Funeral del P. Severino Alonso**

(9.NOV.2023)

Hoy es un día triste y un día alegre. Cuando nos dan un pastel nos alegramos. Cuando nos lo terminamos de comer quedamos satisfechos y nos deja un grato sabor en el paladar. Así es la vida, o debiera ser. Cuando nace un niño todos nos alegramos. Cuando recogemos los frutos de toda su vida, experimentamos el bien recibido. No entiendo a aquellos que pierden la vida tratando de conservar una eterna juventud o evitando cualquier tipo de incomodidad. El surco de las arrugas, el desgaste de nuestros órganos es signo de que los hemos utilizado, que hemos vivido.

Hoy celebramos la meta terrena de una vida bien vivida. Los orígenes de Severino fueron humildes y le marcaron sobremanera. Su pueblo "El Valle", tan minúsculo que tenía que estar asociado a otro ayuntamiento. De familia muy sencilla. No dudó en venirse con el monje de Huerta (¿P. Pedro?) que pasó por allí cuando se le dio la oportunidad. Tan solo tenía 13 años. Eran otros tiempos. Pero supo perseverar fijando siempre su mirada en Aquél que le llamó. Supo mantenerse firme en las pruebas y amenizar su conversación con ese chiste oportuno que dejaba buen sabor entre los que le escuchaban. Sin protagonismos llamativos, pues era más bien tímido y humilde. No se le subieron a la cabeza en ningún momento los cargos que ocupó como superior, abad o presidente de nuestros monasterios de España. Todo lo contrario, era difícil reconocerle como el superior cuando se le veía normalmente con el mono de trabajo. Pero su falta de protagonismo nunca fue una falta de compromiso, trabajando lo que pudo en su propia formación y en la formación de los más jóvenes. A él le deben mucho los monasterios de España por su empeño y santa cabezonería para sacar adelante un plan de estudios que 41 años después sigue en vigor y ha formado a tantas generaciones de monjes y monjas.

Fue un entusiasta de la formación que profundizó durante varios años en Roma y de la que hizo partícipe a no pocos de este pueblo de Sta. M<sup>a</sup> de Huerta cuando fue profesor en la escuela del monasterio. Pero si fue valorado en la formación, mucho más se le estimaba en el acompañamiento espiritual, nunca culpabilizando, siempre orientando hacia el evangelio. Ayer me recordaba una monja dos frases que le dijo y se le quedaron gravadas: "llena tu corazón del evangelio" y, para ponerlo por obra, siempre que estés ante un enfermo, pobre o desnudo recuerda las palabras de Jesús: "lo que a ellos hiciste, a mí me lo hiciste". Él no era nada complicado en la vida espiritual. Bastaba vivir el evangelio, estar orientados hacia Dios, seguir los pasos del Maestro Jesús de Nazaret.

Acompañar a nuestro querido hermano Severino es un motivo de gozo para los que le conocimos y le tuvimos como maestro en los comienzos de nuestra vida monástica y como padre de la comunidad mientras fue abad. Sí, verdaderamente fue un maestro porque supo transmitir con su vida, sabiduría y experiencia más que los libros mismos. Transmitió lo que había recibido, y trató de moldear a quien se le acercaba con el evangelio con que él se dejó moldear.

Habiendo vivido tan estrechamente con él durante varias décadas, son muchos los recuerdos que me vienen a la memoria, pero que tampoco son necesarios contar. Basta decir que fue un hombre de Dios. Toda su vida tuvo sentido únicamente desde Dios. Estaba enamorado del Señor y miraba a los hombres con ternura. No le gustaban las actitudes melosas, prefería una espiritualidad entregada, orante y recia, pero su empatía le impedía desentenderse del que a él se acercaba, aunque su timidez hiciera aparentar lo contrario.

Sí, quiero mencionar aquí algo que llevaba muy dentro de sí y que en el tramo final de su vida vivía con verdadera obsesión: la misericordia de Dios. Daba inmensas gracias a Dios por haberle hecho vehículo de su misericordia a través del sacramento de la reconciliación. Deseaba dar a todos el perdón de Dios y daba gracias a Dios por el don que le había dado para poder hacerlo en el sacerdocio.

Severino era austero en muchos sentidos, pero también sabía ser cariñoso y afectivo sin generar confusión. En casa tuvo a dos hermanos conversos muy cercanos: el Hno. Gaudencio con quien gozaba un gran aprecio mutuo, y el Hno. Marcelino con quien vino al monasterio de niño, pues eran de aldeas muy cercanas. Ayer precisamente celebrábamos los 12 años de la partida de Gaudencio y hoy hará 7 años que marchó definitivamente Marcelino. Amistad en este mundo y partida casi al unísono de tres personas que se entregaron muy sinceramente a la comunidad y se querían de verdad.

Severino estaba muy preparado para el encuentro con su Señor. Cuando hace un par de meses entraron en su habitación del hospital los médicos acompañados de una psicóloga para darle la mala noticia de su estado de salud irreversible, al oír su respuesta, la psicóloga dijo: “creo que yo aquí no hago nada”, y se marchó. Su fe se mantuvo hasta el final y sabemos que nos ayudará a nosotros a mantenernos firmes en el camino iniciado, pues el ejemplo de los que nos preceden es un motivo de esperanza. Que el Señor al que entregaste tu vida y lo deseaste intensamente te acoja ahora con un abrazo paterno-materno.